

tutti quanti. Tenía mentor á los veinte y cinco años. ¡Era gracioso! ¿Y por qué, santo cielo? Porque su primo y único pariente iba á verla...

Pero calló de pronto. Las miradas de Basilio, sus palabras apasionadas, sus besos, el paseo á Lumiares; todo la vino á la memoria. Su conciencia se ruborizaba; pero el despecho protestaba todavía. Era verdad que sentía algo, pero algo honrado, ideal, platónico, porque jamás sería *otra cosa*... Podía sentir en el fondo del corazón una debilidad, pero sería siempre, siempre, mujer honrada, fiel, de uno sólo...

Esta seguridad la irritaba contra los *chismosos* de la calle. ¿Cómo era posible que sólo por ver entrar á Basilio cuatro ó cinco veces á las dos de la tarde, se dieran á murmurar y á arrancarla la piel? Sebastián era un farsante con terrores de ermitaño. ¡Qué idea la suya de consultar con Julián! ¡Julián!.. Este era quien le había empujado con sus miedos burgueses, para fatigarla y burlarla. ¿Porqué? Por envidia, porque Basilio era guapo, elegante y rico.

Las cualidades de Basilio se la aparecieron, tan magníficas y numerosas como los atributos de una divinidad. ¡Y le adoraba, y quería vivir cerca de él! El amor de aquel hombre que había gustado tantos placeres, y abandonado tantas mujeres, le parecía como la afirmación gloriosa de su belleza y de su irresistible seducción.

El placer mismo de aquel culto le hacía temer su pérdida. No quería verle disminuir, sino tenerle siempre presente, en aumento, flotando á su lado como la humareda del incienso, ¿Podría separarse de Basilio? Pero si la vecindad, ó los amigos murmuraban ó comentaban, podría enterarse Jorge... Esta hipótesis la daba frío en el corazón. En el fondo tenía evidentemente razón Sebastián.

En una calle pequeña, compuesta de doce casas, aquel joven elegante y buen mozo, que iba todos los días en ausencia de su marido... Esto era grave... ¿Qué hacer?

Sonó con fuerza la campanilla, y entró Leopoldina. Llegaba furiosa contra el cochero, que quería cobrarla dos carreras, porque se había detenido en el camino. ¡Canalla!

—¡Y qué valor!

Dejó la sombrilla y los guantes, y agitó las manos en el aire para que bajara la sangre y quedaran más blancas, arregló ante el espejo los rizos del cabello, con las mejillas encendidas, y tan perfectamente encorsetada, que se señalaba admirablemente su tronco.

—¿Qué tienes hija?—dijo.—Estás como volada, encendida...

—Nada—contestó Luisa;—contestaciones con las criadas...

—Son insoportables.

Y Leopoldina contó las exigencias de Justina, sus descuidos. Pero aun se daba por contenta de que no se fuera; cuando se tiene que utilizar á esta gente... Se encogió de hombros, y suspiró. Luego, poniéndose polvos de arroz, añadió lentamente:

—Mi señor y dueño está en Campo Grande, y yo debía comer fuera con...

Se detuvo, sonrió, y volviéndose hacia Luisa la dijo con acento franco y riendo:

—La verdad, no sabía dónde ir, ni tenía dinero. El pobre chico, con su paga mensual, no puede hacer milagros, y me dije: Vamos á ver á Luisa. Y, además, siempre hombres, encocora... ¿Qué tienes para ver? Sin cumplidos ¿eh?...

—Claro que no.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Tenía lo de siempre: chuletas de ternera muy exquisitas.

—¿No tienes bacalao?—dijo de pronto Leopoldina.

—Debe haber... Pero ¿porqué esa rareza?

—Hazme preparar un pedazo. El animal de mi marido aborrece el bacalao, yo me muero por él con aceite y ajo.

Se calló de pronto, como contrariada.

—¿Qué te pasa?

—Que hoy no puedo comer ajo.

Entró riéndose en el salón y tomó una de las rosas de Sebastián, que se puso al pecho.

—Hubiera querido tener—pensaba—un salón como aquel, en reps azul, con dos grandes espejos y su retrato al óleo, de cuerpo entero, descotada, junto á un búcaro elegante...

Se sentó al piano y arrancó al teclado algunos motivos de *Barba Azul*.

—¿Has mandado poner el bacalao?—preguntó al ver entrar á Luisa.

—Sí.

—¿Asado?

—Sí.

—Gracias,—contestó, cantando con voz picaresca su canción favorita de *La Gran Duquesa*:

*Según cuentan las crónicas,
Un abuelo tuve yo...*

Pero Luisa encontraba aquella música *bullanguera* y quería algo triste... dulce... un *fado*, por ejemplo.

—Sí, el *fado* nuevo,—contestó Leopoldina.—¿Lo conoces? Es precioso y con una letra divina.

Preludió, miró al techo y cantó balanceando cadenciosamente la cabeza.

*Ayer vi un joven moreno
Cuya gracia y gentileza...*

—¿No conoces esto, Luisa? Hija, hace llorar.

Volvió á empezar con dulzura. Era la historia de su amor infortunado.

Le veo en el hondo cielo,
Y en las brumas de la mar;
Y á mi lado, aunque esté lejos,
Yo le siento palpitar.

—¡Arrebatador!—suspiró Luisa.

Leopoldina acabó en varios *jah!* con languideces infinitas.

Luisa, cerca del piano, percibía el olor de heno cortado que Leopoldina solía llevar; el *fado* y sus versos la habían entristecido y su mirada soñadora seguía sobre las teclas los dedos ágiles y delgados de Leopoldina, cargados de anillos regalados por Gama.

Juliana entró peripuesta, con su gola nueva, y anunció que estaba la comida servida.

Leopoldina se levantó. Venía á punto, porque se moría de hambre. La vista del comedor, con las ventanas abiertas y el verdeguear de los terrenos baldíos de enfrente la regocijó. ¡Era tan triste su comedor que le quitaba el apetito! ¡Daba á una calleja, de modo quel...

Picó granos de uva, aceitunas y conservas y viendo el retrato del padre de Jorge, dijo desdoblado la servilleta:

—¡Qué divertido debía ser tu suegro! Tiene figura de mono...

—¡Cuánto tiempo hacía que no habíamos comido juntas!

—¿Desde cuando?

—Desde el primer año de mi matrimonio—dijo Luisa.

Leopoldina se puso colorada. En aquel tiempo se veían á menudo. Jorge las dejaba ir de tiendas, á las pastelerías, á Gracia. El recuerdo de aquella intimidad les recordó cosas más lejanas, de sus tiempos de colegio.

Había visto, hacía unos días, á Rita Vega con su sobrino.

—¿Te acuerdas de él?

—¿De *Espinaca*?

—*Espinaca* ó no, era entonces un hombre, un ideal, un héroe; todas las colegialas le escribían dulces cartas, le dibujaban corazones atravesados por flechas y le ponían en su grasienta gorra flores de papel. ¿Y cuando pillaron á Micaela en el cuarto de los baúles, comiéndoselo á besos?..

—¡Qué horror!—dijo Luisa.

—Micaela estaba loca

—¡Pobre chica! Luego se casó con un teniente que la pegaba.

Tenía ya más chicos que los que van detrás de una gaita...

—¿Un valle de lágrimas!—dijo Leopoldina.

Estaba en vena de murmurar. Se servía copiosamente, con gula; picaba de aquí y de allí, un trocito en la punta del tenedor, lo gustaba, lo dejaba luego, comía rebanadas de pan con mantequilla... Se regocijaba con aquellos recuerdos de colegio. ¡Qué felices tiempos!

—¿Te acuerdas de cuando reñimos?

Luisa no se acordaba.

—Fué porque abrazaste á Teresa, que era mi sentimiento.

Hablaron de los sentimientos. Leopoldina tuvo

cuatro; la más bonita era Juanita Freitas. ¡Qué ojos! ¡qué bien formada! La hizo la corte más de un mes.

—Locuras,—dijo Luisa ruborizándose.

—¿Por qué locuras?

¡Ay! se acordaba siempre con pena de que los sentimientos fueron sus primeras y más vivas sensaciones. ¡Qué raptos de celos! ¡Qué delirios en las reconciliaciones! Y los besos robados... los dulces ojos las cartitas y todos los latidos primeros del corazón...

—Nunca, nunca desde que soy mujer, he experimentado por ningún hombre lo que sentía por Juanita. Puedes creer que...

Una mirada de Luisa la detuvo. ¡Y Juliana que la oía! La había olvidado ¡qué diablo!... Las fastidió un poco con su sonrisa pérfida, su cara roma y el tic tac metálico de sus suelas.

—¿Y qué fué de Juanita?—preguntó Luisa.

—Murió tísica,—dijo Leopoldina tristemente.—Una enfermedad horrible ¿verdad? Pero yo no la temo,—añadió, golpeándose el pecho.—Todo está aquí dentro sano y bien colocado.

Cuando Juliana salió, dijo Luisa:

—Ten cuenta con lo que dices.

—¡Ah, sí!—respondió risueña Leopoldina.—El respeto á la casa... Tienes razón.

Y al entrar Juliana, con el bacalao asado, la hizo una *ovación*.

¡Bravo! ¡Bien! ¡Soberbio!

Tocó el bacalao con la punta del dedo. Estaba dorado y abierto en rajás.

—Vas á ver... ¿No te gusta esto? Tú te lo pierdes, porque está riquísimo.

Y añadió resueltamente:

—Tráigame usted un ajo, señora Juliana; pero bueno.

Y cuando salió la criada, añadió:

—Quisiera ir luego á casa de Fernando, pero...

¡Ah, gracias, Juliana! No hay nada como el ajo...

Lo aplastó entre los dedos contra el plato, y roció gravemente los trozos de bacalao con un poco de aceite.

—¡Divino!—exclamó.

Llenó de nuevo el vaso y declaró que aquello era una *travesura*.

—Pero ¿qué tienes?

Luisa parecía, en efecto, preocupada. Había suspirado bajo; por dos veces se levantó inquieta de la silla y dijo á Juliana:

—Me parece que han llamado, vaya usted á ver.

Nadie llamaba.

—¿Quién puede ser?—dijo Leopoldina.—¿Esperas á tu marido?

—¡Oh, no!

—Y tu primo ¿viene á verte?

—Sí—contestó Luisa ruborizándose.—Ha venido varias veces.

—¡Ah! ¿Y sigue buen mozo?

—No es feo.

—¡Ah!

Luisa se apresuró á preguntar si había pedido ya su vestido á cuadritos. No lo había pedido. Se pusieron á hablar de *toilettes*, telas, tiendas, compras... Trajeron el asado. Leopoldina tenía las mejillas de rojo vivo. Pidió su abanico á Juliana y echada sobre el respaldo de la silla, declaró que era feliz como una princesa. Bebía en su copa á pequeños sorbos. ¡Qué buena idea la de comer juntas!

Cuando Juliana sacó los fruteros, la dijo Luisa que ya pedirían el café; fué á cerrar por sí misma la puerta del salón y corrió el portier.

—¡Qué pesada es esta Juliana! ¡Me subleva verla pre á mi lado!

—¿Y por qué no la despides?

—Porque Jorge no quiere, que si no...

Leopoldina protestó.

—Los maridos no debían tener voluntad propia.

—¿Y el tuyo, entonces?—dijo Luisa.

—¡El mío! ¡Un hombre que duerme solo!

Mordió un albérchigo, y declaró que aborrecía á los hombres que se ocupaban de las criadas, de la cocina, del aceite, del vinagre...

—¡Mi señor esposo pesa la carne! Después de todo, me conviene, porque la sola idea de ir á la cocina me subleva!

Suspiró. Hubiera tomado más vino, pero estaba vacía la botella.

—¿Quieres champagne?—dijo Luisa riendo.—Tengo uno muy bueno, que un español, dueño de minas, envió á Jorge,

Y ella misma buscó la botella, le quitó la envuelta azul, y entre risas y temores, hicieron saltar el tapón. La espuma las puso contentas, y miraban las copas con un aire de bienestar infinito.

Leopoldina dijo que sabía abrir perfectamente el champagne, y habló vagamente de cenas...

—¡El martes de Carnaval hará dos años! Si fuese rica, no bebería más que champagne.

Luisa no; ambicionaba un cupé. Hicieron proyectos para el caso de que fueran ricas. Luisa quería viajar; ir á Paris, á Sevilla, á Roma... Leopoldina quería larga vida con carruajes, palco en los teatros, temporada en Cintra, cenas, bailes, vestidos, juego... Adoraba el *monte*, que la hacía palpar el corazón, y creía que llegaría también á adorar la ruleta.

—¡Ah!—exclamó.—Los hombres son más felices que nosotras. Yo nací para ser hombre. ¡Qué bien hubiera estado!

Se levantó, y fué á sentarse perezosamente en la Voltaire, cerca de la ventana. El crepúsculo caía dulcemente; detrás de las casas, más allá, de los terrenos baldíos, nubes amarillentas con bordes rojos, flotaban en la atmósfera.

—Un hombre puede hacer lo que quiera; nada está mal en él. ¿No se te ha ocurrido nunca huir, Luisa, pero completamente sola?

Luisa se rió.

—¡Nunca! ¡Qué locura!

Por lo demás, le parecía horrible la situación de una mujer sola en el mundo, en las fondas, con la impedimenta del equipaje...

—Tienes razón... De buena gana me fumaría un cigarrillo...

—Bueno; pero podía oler algo Juliana, lo que la haría un endiablado efecto.

—Esto es un convento, hija. Tu cárcel no es fea.

Luisa no respondió; tenía la mirada vaga, como quien persigue una idea.

—Todo eso son locuras,—dijo.—La única verdad de este mundo, es ser feliz en su casa, con su marido y un hijo ó dos...

Leopoldina saltó en la butaca. ¡Hijos! No quería ni hablar de eso. Todos los días daba gracias á Dios porque no se los daba.

—¡Qué horror!—exclamó convencida.—Son una carga; gastos, trabajos, enfermedades. ¡Dios me libre! Cuando son mayores, meten la nariz por todas partes, son chismosos, y cuentan... Una mujer con hijos no sirve para nada y está atada de pies y manos, sin gustar placer alguno. Que no me castigue

Dios; pero si tuviera esa desgracia, iría en busca de la vieja de la calle de Polha...

—¿Qué vieja es esa?—preguntó Luisa.

Leopoldina se lo explicó, y Luisa declaró que era una *infamia*. La otra se encogió de hombros, y añadió:

—Sin contar con que desfigura á la mujer. No hay belleza del cuerpo que resista á eso. Se pierde lo mejor que una tiene. Cuando se es como tu amiga doña Felicidad, no importa; pero sí cuando una es alta y bien formada.

Se levantó, ostentando airosamente su cuerpo.

—Gracias—dijo volviendo á sentarse.—Bastantes molestias tenemos sin esa más.

Se oyó en la calle al hombre del organillo, que tocaba el final de *Traviata*: la noche llegaba y el verdor de los terrenos de enfrente tomaba un tono gris, igual: las fachadas de las casas se hundían en la sombra.

La *Traviata*, recordó á Luisa *La Dama de las Camelias*; hablaron de la novela, y se comunicaron las impresiones de la lectura.

—¡Qué apasionada estuve de Armando cuando era niña!—dijo Leopoldina.

—Y yo de Artagnan,—repuso ingenuamente Luisa.

Y se rieron mucho.

—Hemos empezado temprano—observó Leopoldina.—Dame un sorbo más.

Bebió, se encogió de hombros y dejó la capa.

—¡Temprano! Todas las jóvenes empiezan temprano. A los trece años han tenido ya la cuarta pasión. Todas son mujeres y sienten por igual.

Y balanceando el cuerpo, cantó con melodía de *Fado*:

Es amor como una fiebre
Que va disuelta en el aire;
Se abren las ventanas, entra,
Y hace encenderse la sangre.

—En suma: que es lo mejor del mundo; ¿verdad? ¿Qué dices tú?—añadió levantándose, y dando un golpecito en la espalda á Luisa.

—Sí,—contestó en voz baja.—Así lo creo...

—¡Lo cree!—repuso Leopoldina.—¡Inocente! ¡Miren el angelito, la disimulada!

El organillo empezó un vals. Leopoldina tenía ganas de bailar, cantaba bajo, moviendo el cuerpo.

¡Decididamente tenía gracia!

Se aproximó á la ventana, vió por los cristales caer la noche, y de pronto empezó á decir pausadamente:

—¿Vale realmente la pena pasar privaciones, llevar vida de mochuelo, y mortificarse, para coger un día una calentura, una pulmonía, ó una insolación, é irse luego al cementerio de San Juan! ¡Vaya una estupidez! ¿Qué dices tú?

Luisa se sentía ruborizar, el crepúsculo, las palabras de Leopoldina, la predisponían como con languidez tentadora. Encontró, á pesar de esto, *inmoral* aquella idea.

—¿Por qué inmoral?

Luisa habló vagamente de *deberes*, de *religión*, pero la palabra deber, cargaba á Leopoldina. Si había algo que no le gustase, era oír hablar de deberes.

—¿Deberes? ¿Con un animal como mi marido? Empezó á pasearse agitada.

—En cuanto á la religión, música. El cura Esteban, el de los lentes y dentadura bonita, me ha dicho

que me daría cuantas absoluciones quisiera, si accedía á ir con él á Carriche.

—¡Oh, los sacerdotes!...—murmuró Luisa.

—Los sacerdotes ¿son ellos la religión? Yo no he conocido nunca otra.—Y añadió con solemnidad.—Dios, querida mía, está muy lejos, y no se ocupa de lo que hacemos las mujeres.

Luisa creyó atroz aquel modo de pensar. La verdadera felicidad, consistía en ser honrada.

—Y jugar á la brisca en familia,—grufió Leopoldina.

Pues bueno,—dijo Luisa animándose;—con todas tus pasiones una tras otra...

—Bien... ¿qué?

—Que no eres más feliz; es un hecho.

—Está claro que no; pero...—Buscó una frase que no quiso emplear sin duda y añadió con sequedad. ¡Eso me divierte!

Se callaron Luisa pidió el café. Juliana entró con la bandeja y trajo luz. Poco después fueron al salón.

—¿Sabes quién me habló ayer de ti?—dijo Leopoldina.

—¿Quién?

—Castro.

—¿Quien es Castro?

—El de los lentes; el banquero.

—¡Ahl...

—Sigue siempre enamorado de ti.

—Es un loco—dijo Luisa riendo.

El salón estaba oscuro y las ventanas abiertas. La calle en sombra y el aire suave, daban paz á la noche.

Leopoldina quedó silenciosamente un instante; pero el champagne y la penumbra la dieron come-

zón de hacer confidencias. Se extendió sobre el diván en una postura de abandono, y se puso á hablar de sí misma. Siempre Fernando, el poeta, la adoraba.

—Si supieses...—murmuró en éxtasis. Es un amor de niño.

Su voz tenía inflexiones de suave ternura. Luisa, casi acostada también á su lado, sentía su respiración y su calor, ante ciertos detalles picantes del relato de Leopoldina, se rió con la risa nerviosa que produce el cosquilleo...

En aquel momento se sintió en la calle el paso de un hombre, calzado con botas gruesas, y casi al mismo tiempo, surgió un chorro de luz del farol de gas de la acera de enfrente; dulce claridad penetró en el salón.

Leopoldina se levantó. ¡Cómol ¡encendían ya el gas! ¡Y el pobre muchacho que estaría esperándola! Entró en el tocador á obscuras para ponerse el sombrero y buscar la sombrilla. Se lo había prometido y no podía faltar; pero... ¡ir sola!... ¡Estaba tan lejos!... ¡Si Juliana pudiera acompañarla!...

—¡Ya lo creo!—dijo Luisa.

Se levantó perezosamente suspirando con fuerza; abrió la puerta y tropezó con Juliana en la sombra del pasillo.

—¡Jesús! ¡qué susto!

—Venía á saber si las señoras querían luz.

—No; póngase usted el chal, para ir con la señorita Leopoldina. Pronto...

Juliana se fué aprisa.

—¿Cuándo se te verá?—preguntó Luisa.

—Lo antes posible.

Pensaba ir aquella semana á Oporto á ver á la tía Figueiredo y pasar quince días en Foz.

La puerta se abrió.

—Cuando quiera la señora.—dijo Juliana con voz áspera.

Se hicieron grandes caricias y se abrazaron mucho, y Luisa dijo al oído á Leopoldina:

—¡Cuánto he gozado!

Se quedó sola, cerró las ventanas, y se puso á pasear en el salón. Sin quererlo ella misma, pensaba en que Leopoldina iba á ver á su querido... ¡Su querido!...

La siguió mentalmente, y la vió andando de prisa, y hablando con Juliana; después llegaba, subía agitada, abría la puerta... ¡Qué primer beso, delicioso, largo, ansioso!...

Suspiró. También ella amaba, y *él* era más hermoso, más seductor. ¿Por qué no había venido?

Sentóse perezosamente al piano, y cantó á media voz y tristemente el *fado* de Leopoldina:

...Y á mi lado aunque esté lejos,
Yo le siento palpar...

Aquella idea de soledad y abandono la puso triste. ¡Qué fastidio estar siempre sola!

La noche cálida, hermosa y tranquila la atraía, la llamaba afuera, á los paseos sentimentales para contemplar el cielo en el banco de un jardín, con las manos juntas. ¡Qué vida tan tonta la suya! Y Jorge, ¡qué idea la de marcharse al Alentejo!

El mareo del champagne la agitaba la sangre.

A las nueve sonó la campanilla.

Se sobresaltó. No podía ser Juliana la que llamaba. Escuchó conmovida; se oían voces en el descansillo.

—Señorita,—vino á decir Juana por lo bajo,—es su primo de usted que viene á despedirse...

—Que entre,—balbuceó, sofocando un grito.

Sus grandes ojos abiertos devoraban la puerta. Se levantó el portier y entró Basilio, pálido y sonriente.

—¡Te vas!—le dijo poniéndose delante.

—No,—contestó abrazándola,—no. Creí que no querías recibirme á estas horas, é inventé ese pretexto.

La apretó más contra su pecho; ella le dejó hacer y se unieron sus labios. Basilio miró rápidamente en derredor y la levantó en sus brazos murmurando:

—¡Mi amor! ¡mi vida!

Tropezó con la piel de tigre, extendida delante del diván.

—¡Te adoro!

—¡Me das miedo!—suspiró Luisa.

—¿Es cierto?

Luisa no respondió: perdió poco á poco la clara percepción de las cosas, la pareció que se dormía y balbuceó:

—¡Jesús! ¡no...! ¡no...!

Después sus ojos se cerraron.

Cuando la campanilla sonó fuertemente, á las diez, Luisa se acababa de sentar cerca del diván. Le dijo á Basilio:

—Ha de ser Juliana, que había salido.

Basilio se atusó el bigote, dió dos vueltas por la sala y se puso á encender un cigarro.

Se sentó al piano, tocó algunos compases al acaso y alzando un poco la voz, comenzó á cantar el aria del tercer acto del *Fausto*:

“Al pallido chiarore
Dei astre d'oro.,”

A través de las últimas vibraciones de los nervios de Luisa, fué apareciendo en su espíritu un recuerdo antes borrado: era una noche, hacía años, en San

Carlos, en un camarote con Jorge; una luz eléctrica daba al jardín un tono livido de resplandor legendario, y en actitud extática y suspirante, el tenor invocaba á las estrellas; Jorge habíase vuelto para decirle: “qué hermosa,” y con sus ojos la devoraba. Era el segundo mes de casamiento; ella estaba con un vestido azul obscuro, y á la vuelta, en el carruaje, Jorge, pasando la mano por la cintura, repetía:

“Al pallido chiarore
Dei astre d'oro.,”

Y la estrechaba contra sí. Permanecía inmóvil al lado del diván, con los brazos apoyados en las rodillas, la mirada fija. Basilio entonces vino á sentarse cerca de ella.

—¿En qué pensabas?

—En nada.

La estrechó la cintura con su brazo derecho; empezó á decir que era preciso procurarse una casita donde pudieran verse mejor, más á su sabor; no era prudente continuar en su casa.

Y hablando, volvía á cada momento el rostro, echando para el otro lado el humo del cigarro.

—¿No te parece que venir aquí todos los días puede ser objeto de murmuraciones?

Luisa se levantó bruscamente; se acordaba de Sebastián y con una voz airada, dijo:

—Ya es tarde.

—Tienes razón.

Fué á buscar el sombrero y salió. Luisa sintió encender un fósforo y abrir la puerta de la cancela.

Estaba sola; púsose á mirar en redondo como una idiota; el silencio de la sala, parecíale acusador; las velas lucían con una llama roja; le picaban los ojos.

tenía la boca seca; una de las almohadas del diván estaba caída en el suelo.

Con un aire sonámbulo entró en su cuarto. Juliana estaba allí arreglando la lamparilla. Subió á la cocina; llamó á Juana que estaba durmiendo. Juliana puso la torcida de la lamparilla con dedos que temblaban; tenían sus ojos un brillo agudo: y después de toser, dijo sonriéndose á Juana:

—Entonces, ¿á qué hora vé el primo á la señora?

—Hoy ha estado después que usted ha salido.

—¡Ah!

Descendió con la lamparilla y sintiendo á Luisa en la alcoba:

—La señora, ¿no quiere nada?— preguntó con mucho interés.

—No.

Fué á la sala; cerró el piano; había un fuerte olor de cigarro; púsose á mirar en derredor, andando con paso sutil. De repente fijóse rápidamente: al pie del diván una cosa relucía; era un alfiler de pecho de Luisa; de amatista con aro de oro. Tornó á entrar en el cuarto sobre las puntas de los pies, lo colocó en el tocador entre los rizos de cabello postizo.

—¿Quién anda ahí?— preguntó desde la alcoba la voz soñolienta de Luisa.

—Soy yo; he entrado á cerrar la sala. Muy buenas noches, señora.

A aquella hora Basilio entraba en el Gremio. Dos señores con los rostros entre los pechos, encorvados en aptitudes lúgubres, rumiaban los periódicos; aquí y allá, junto á las mesitas redondas, otros comían ó tomaban café con satisfacción plácida. Las ventanas estaban abiertas, la noche era ardiente y el olor del gas molestaba. Iba á descender, cuando de una salita de juntas, de repente, salió el ruido irritado de una disputa. Trocábanse injurias, gritábase:

—Miente usted.

—El asno es usted.

Basilio escuchó; pero súbitamente se hizo un gran silencio. Una de las voces dijo con blandura: "Paz, paz;," la otra respondió con benevolencia: "Por mi parte no hay inconveniente.," La cuestión estalló de nuevo, estridente, sonora; disputaban, decían obscenidades. Basilio fué al billar; el vizconde Reynaldo, de pie, apoyado en el taco, seguía con una inmovilidad grande el juego de su contrincante: apenas vió á Basilio, fué rápidamente á él y muy interesado:

—¿Hasta ahora?

—Hasta ahora mismo,—dijo Basilio.

—De manera que...—exclamó Reynaldo, abriendo los ojos con gran alegría.

—Así parece.

—Muy bien, muy bien, muchacho, muy bien.

Le dió dos golpes en el hombro, conmovido; llamáronle para jugar, y todo estirado sobre el billar, con una pierna en el muro para dar con más seguridad el efecto, dijo con voz desfigurada por la actitud:

—Me alegro, me alegro, porque eso comenzaba á estar pesado.

¡Tacl! Falló la carambola.

Y llegándose á Basilio, para dar tiza en el taco, preguntó.

—Y ¿qué tal, qué tal?

—Como un ángel, muchacho,—exclamó Basilio.

VI

Juliana á la mañana siguiente, fué á llamar a la puerta de Luisa, diciéndola con voz baja:

—Señora, señora; un criado con una carta acaba de venir de la fonda.

Fué á abrir una de las ventanas en las puntas de los piés, y volviendo á la alcoba, dijo con cautela misteriosa:

—Esperando la respuesta está abajo.

Luisa, estremeciéndose, abrió el ancho sobre azul con un monograma: dos B B, una de púrpura y otra de oro sobre una corona de conde.

—Bueno; no tiene respuesta.

—No tiene respuesta, fué á decir Juliana al criado que esperaba en el pasillo retorciéndose las guías negras de su bigote.

—¿No tiene respuesta? Mejor; excelente día.

Levantó el dedo secamente y descendió canturreando.

—¡Hombre perfecto!—fué pensando Juliana, por la escalera de la cocina.

—¿Quién ha llamado, señora Juliana?—preguntó después la cocinera.

Juliana gruñó.

—Nada; un recado de la modista.

Desde aquella mañana, encontraba en ella Juana un aire *exquisito*. La oía desde las siete, barrer, limpiar, sacudir, lavar las vidrieras del comedor, colocar los platos en el aparador. ¡Y con una priesa! La oyó cantar la *Carta adorada*, al mismo tiempo que los canarios, en los miradores abiertos, gorjeaban estridentemente al sol. Cuando la vió tomar su café en la cocina no habló como de costumbre; parecía preocupada y fuera de aquel lugar; Juana hasta llegó á preguntarla:

—¿Se siente peor, señora Juliana?

—¿Yo? gracias á Dios, nunca me he sentido tan bien.

—¡Como la veo tan callada!

—Pensamientos que tengo aquí dentro... La gente no siempre está para charlar.

A pesar de ser las nueve no quiso llamar á la señora.

—Dejadla descansar: ¡pobrecilla!—dijo:

Fué en puntillas á llenar el baño grande del cuarto; para no hacer ruido, sacudió en el comedor las faldas de los vestidos de la víspera; y sus ojos brillaron ávidamente cuando sintió en la faltriquera un papel cosido en ella. Era la carta que Luisa escribía á Basilio: “¿Porqué no vienes?...” “¡Si supieras lo que me haces sufrir!” Mordióse los labios, y miróla fijamente con aviesas miradas; por fin, volvió á meterla en la faltriquera. Dobló el vestido, y fué á extenderlo con mucho cuidado en el confidente.

Más tarde, sintiendo dar horas en el cuco, decidió llamar á Luisa con voz melosa:

—Son las diez y media, señora.

Luisa en la cama, había leído y releído la carta de Basilio. “No podía estar más tiempo sin decirla que la adoraba. ¡Qué mal dormía! Se levantaba por

la mañana muy temprano para jurarla que estaba loco y que ponía su vida á sus piés.” Compuso aquella prosa la víspera, en el Gremio, á las tres después de algunos *robbers de whist*, un *beefsteak*, dos vasos de cerveza y una lectura de *La Ilustración* y terminaba:

“Que otros deseen la fortuna, la gloria, los honores: ¡Yo sólo deseo á til Solo á ti, niña mía, porque tú eres el único lazo que me sujeta á la vida; y si mañana perdiese tu amor, te juro que pondría término con una sola bala á esta existencia inútil.”

Pidió más cerveza y guardó la carta para fecharla y envolverla en un sobre con un monograma, “por que siempre hacía más efecto.”

¡Luisa suspiró, y besó aquel papel devotamente! Era la primera vez que la escribía aquellas ternezas, y su orgullo se dilataba al calor amoroso de ellas, como un cuerpo seco se abriga dulcemente en un baño amoroso: sentía exacerbación de cariño por sí misma, y la parecía que entraba al fin en una existencia superiormente interesante, en la que cada hora tenía su encanto diferente, cada paso conducía á un éxtasis, y en la que el alma se cubría de un lujo radiante de sensaciones.

Levantóse, se puso rápidamente la bata, y fué á levantar los transparentes de la ventana. ¡Qué hermosa mañana! Era uno de aquellos días de Agosto, en que el estío parece que se detiene. Había pesadumbre en el calor, y en la luz cierta tranquilidad otoñal: el sol caía espléndido, resplandeciente; el aire tenía temperatura canicular, y el azul de lo alto relucía con limpia nitidez: se respiraba más libremente, y no se veía en los transeuntes el abatimiento blando de la calma iniciadora del verano.

Se sintió ligera; había dormido por la noche con blando sueño, sin parar, y todas sus agitaciones, sus impacencias de los días pasados, parecían haberse disipado en aquel reposo. Fué á mirarse al espejo, y encontró su cutis más claro, más fresco. Tal vez sería verdad lo que decía Leopoldina, de que "no había como una picardía para hacer á la gente hermosa.", ¡Ella tenía un amante! Inmóvil, con los brazos cruzados y la mirada fija, repetía: "¡Tengo un amante!". Recordó la escena de la sala de la vispera; la dama seguida de las viejas, y ciertos silencios extraordinarios en que parecía que la vida se detenía, en cuanto que los ojos del retrato de la madre de Jorge, la miraban desde la pared con su fijo mirar de pintura. Pero Juliana entró con un cesto de ropa planchada. Era ya hora de vestirse...

¡Qué delicadezas tuvo aquella mañana! Se perfumó con agua de *Lubin*, escogió la chambra de mejores bordados. ¡Y suspiraba por ser rica! Quisiera las batistas de holanda más caras, los muebles más aparatosos, gruesas joyas inglesas, un cupé forrado de satén... Porque en los temperamentos sensibles, las alegrías del corazón tienden á completarse con las sensualidades del lujo. El primer desliz que se instala en un alma que se ha defendido de ellos hasta entonces, facilita después á los otros entradas tortuosas; como un ladrón que se introduce en una casa y va abriendo cautelosamente las puertas á su desalmada cuadrilla.

A la hora del almuerzo se hallaba fresca, con el cabello en trenzas, y el peinador blanco. Juliana se apresuró á cerrar las ventanas, porque, siempre hacía más fresco con las maderas cerradas; y viendo que la molestaba el peinador, corrió á buscar otro, que perfumó con agua de Colonia. La sirvió

con ternura. Viéndola comer muchos higos, la dijo:

—La van hacer daño, señora.

Andaba alrededor de ella con sonrisa servil, sin ruido. En la mesa, y frente á ella, con los brazos cruzados, parecía admirarla con orgullo, como un sér precioso y querido: toda suya, *su amita*. Su mirada entornada se posaba en ella, y decía para sí:

—¡Grandísima ladina!

Luisa, después del almuerzo, se fué á su cuarto á echarse en el confidente, con su *Diario de Noticias*; pero no pudo leer. Los recuerdos de la vispera surgían en su alma á cada momento. Ciertas palabras de ella, cierto ímpetu, toda su manera de amar... Y quedaba inmóvil, con la mirada anegada en el fluido, sintiendo aquellos recuerdos vibrar dulcemente, en los nervios de la memoria. Aun el recuerdo de Jorge no la abandonaba; posaba sobre él su espíritu desde la vispera, pero no la asustaba ni la torturaba. Estaba allí, presente, sin darle miedo, ni causarle remordimiento. Era como si estuviese tan lejos que no pudiese volver, ó la hubiera abandonado. Ella misma se espantaba de sentirse tan tranquila; pero se impacientaba de tener constantemente aquella idea en el espíritu, impasible, con obstinación espectral, y se esforzaba instintivamente en acumular justificaciones. No fué culpa suya; no abrió voluntariamente los brazos á Basilio... Había sido una fatalidad, fué el calor de aquella hora, el crepúsculo, un momento de embriaguez acaso. Estuvo loca ciertamente. Y repetía para sí las atenuaciones tradicionales: "No era la primera que engañaba á su marido: muchas lo hicieron por vicio; ella lo hacía por pasión... ¡Cuántas mujeres que vivían de un amor ilegítimo, eran, á pesar de ello, ilustres y admiradas! Hasta las mismas reinas tienen amantes. ¡Y ella le quería tanto! ¡Sería tan fiel y tan dis-

cretol ¡Sus palabras eran tan cariñosas!... Y por fin, ¡qué había de hacerle ya? Resolvió contestarle, y se fué al despacho. Al entrar, dió su mirada con el retrato de Jorge, de tamaño natural, en su cuadro barnizado de negro. Un estremecimiento la oprimió el corazón; quedó como una persona cansada de haber corrido, que entra en un subterráneo húmedo; y examinaba su cabello rizado, su barba negra, la corbata de lunares, las dos espadas cruzadas en aspa sobre el retrato. ¡Si él lo supiese; la mataría!

Se quedó pálida. Miraba vagamente en derredor; la cazadora de trabajo, colgada de una percha, la manta en que envolvía los pies, doblada á un lado; las grandes hojas de papel de dibujo, en la mesa del fondo, el bote del tabaco y la caja de las pistolas. ¡La mataría ciertamente! Aquella habitación estaba tan penetrada de la personalidad de Jorge, que parecía que iba á volver y entrar en ella de repente. ¡Si volviese sin avisar!

Sentóse, tomó una hoja de papel, y empezó á escribir con su letra un poco basta.

“Mi adorado Basilio.”

Pero un temor importuno la sobrecogió; sentía como una corazonada de que iba á venir y entrar... Tal vez sería mejor no escribir. Se levantó, fué despacio á la sala, y se sentó en el diván; y como si el contacto de aquel ancho sofá, y el ardor de los recuerdos de la víspera que traía á su memoria, le hubiesen dado el valor de las acciones amorosas culpables, volvió decidida al despacho, y escribió rápidamente:

“No puedes imaginarte con qué alegría recibí esta mañana tu carta.”

La pluma oxidada, escribía mal; la mojó en tinta, y la sacudió, echando un negro borrón sobre el papel, al temblor de la mano. Le pareció que era

aquello un *mal augurio*. Dudó un momento, y colocando la cabeza con los codos sobre la mesa, sintió á Juliana barrer fuera, tarareando la *Carta adorada*. Rasgó, por fin, impaciente la carta en pedacitos menudos, y los tiró en una caja barnizada con dos asideros de metal, que estaba junto á la mesa, y en la que Jorge, arrojaba los papeles viejos é inútiles: le llamaban el sarcófago. Juliana se descuidaba ciertamente en vaciarla, porque rebosaba ya de papeles. Tomó otra hoja, y volvió á comenzar:

“Mi adorado Basilio:

“No puedes imaginarte como quedé, cuando recibí tu carta esta mañana al levantarme...”

La puerta se abrió discretamente y Juliana dijo:

—Ahí está la costurera, señora.

Luisa, sobresaltada ocultó la carta con la mano.

—Que espere.

Y continuó:

“¡Qué lástima que fuese la carta, y no tú, lo que había venido! Estoy asombrada de mí misma; cómo en tan poco tiempo te has apoderado de mi corazón; pero es lo cierto que nunca dejé de amarte. No me juzgues liviana por esto; no pienses mal de mí porque deseo tu estimación; nunca dejé de amarte, y al verte, después de aquel estúpido viaje hacia tan lejano sitio, no pude hacerme superior al sentimiento que me empujaba hacia ti, mi adorado Basilio. ¡Cuando aquella maldita criada me vino á decir que venías á despedirte, quedé, Basilio, como muerta; pero cuando supe que no era verdad, no sé cómo te adoré! Y si me hubieses pedido la vida, te la hubiera dado; porque te amo tanto, que yo misma me asombro de ello... Pero... ¿para qué fué aquella mentira, para que vinieses tú? Quería decirte adiós para siempre; pero no pude, adorado Basilio. Esto es superior á mí. Siempre te amé, y ahora que soy tuya,

que te pertenezco en cuerpo y alma, me parece que te amo más, si esto fuera posible...

—¿Dónde está? ¿dónde está?—dijo una voz en la sala.

Luisa, se levantó de un salto, lívida. ¡Era Jorge! Arrugó convulsivamente la carta, y quiso esconderla en el bolsillo; pero la bata no lo tenía. Sin reflexionar, y medio loca, la metió en el sarcófago. Se quedó de pie, esperando, con las dos manos apoyadas en la mesa, y suspensa.

Se levantó el portier, y descubrió en seguida el sombrero de terciopelo azul de doña Felicidad.

—¿Aquí metida? ¿Qué estabas haciendo? ¿Pero qué tienes? ¡Estás pálida como la call!

Luisa se dejó caer en la butaca. blanca y fría, y dijo con sonrisa cansada:

—Estaba escribiendo, y me dió un vahido...

—¡Ay! ¡para vahidos yo!—dijo doña Felicidad.— Es una desgracia; á cada momento tengo que agarrarme á los muebles, y hasta tengo miedo de andar sola. Falta de purgas.

—Vámonos para el cuarto,—dijo Luisa.—Estamos mejor allí.

La temblaban las piernas.

Juliana comenzaba á arreglar la sala. Luisa, al pasar, vió en el mármol de la consola un poco de ceniza; era de la vispera, del cigarro *de él*. La limpió, y al levantar los ojos, quedó pasmada de verse tan pálida.

La costurera, vestida de negro, esperaba sentada á orilla del confidente, con su mirada infeliz y su envoltorio en las rodillas: venía á probar el corpiño de un vestido recompuesto. Se sentó, lo dobló, lo hilvanó hablando bajo, con una humildad triste y una tosecilla seca. Y apenas se marchó nuevamente con su andar de sombra y su chal, lleno de manchas

negras sobre sus espaldas delgadas, doña Felicidad, comenzó á hablar *de él*, del Consejero. Lo había encontrado en el Molino de Viento. Pues bien; no la había hablado. La hizo una cortesía muy seca, demasiado tal vez, y tic-tic, se diría que había huido. ¿Qué te parece? ¡Ay! Aquellas indiferencias la mataban. Y no las comprendía; no, realmente no las comprendía...

—En fin—exclamaba:—yo me conozco bien, no soy ninguna belleza, pero tampoco soy ningún coco, ¿no es verdad?

—Ciertamente,—dijo Luisa distraida, y acordándose de la carta, añadió:

—Espere usted un instante; voy allá dentro y vuelvo.

—Ve, hija, ve.

Luisa corrió al despacho, y fué al sarcófago. ¡Estaba vacío! ¿Y su carta, Santo Dios?

Llamó en seguida aterrada á Juliana.

—¿Limpió usted la caja de papeles?

—Sí, señora, la limpié,—respondió tranquilamente.

Y añadió con interés:

—¿Por qué? ¿Se ha perdido algún papel?

Luisa palideció.

—Sí, un papel que tiré en la caja. ¿Dónde lo ha limpiado usted?

—En la cesta de la basura, como de costumbre señora. Creí que no servía nada de aquello.

—¡Ah, voy á ver!

Y subió rápidamente á la cocina.

Juliana iba detrás, diciendo:

—Ha sido ahora mismo; no hace aún cinco minutos. Estaba el cajón tan lleno... Fui á hacer un pe-